

Niños felices

Dirigido a familias de
Kid's Garden e Infantil



14

Noviembre
15:30 h

De los primeros pasos al aprendizaje, la educación integral de 0 a 6 años

28

Noviembre
15:30 h

La formación de la voluntad y el ejercicio de la autoridad

09

Enero
15:30 h

El juego como medio de desarrollo integral en la infancia

23

Enero
20:30 h

¿Por qué tantos matrimonios fracasan...Y el tuyo no?

Claves psicológicas y emocionales de las relaciones que perduran.

Luis Gutiérrez Rojas. Médico, psiquiatra, escritor, conferenciante y divulgador.



19.30h: Wine & Cheese de previa.

Porque las buenas conversaciones merecen un buen brindis.

Lugar: Colegio Sansueña

Picoteo a las 15.00h

50€ Socios APA

80€ No Socios APA

Pago: Transferencia bancaria CC APA: ES11 2085 0154 1403 3004 6578

Inscripción: Email y justificante de pago a Amaya Diez - adiez@fomento.edu

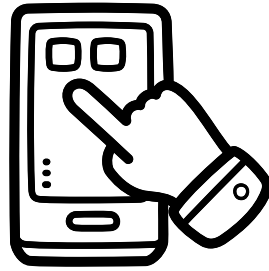
Organizan:



coef

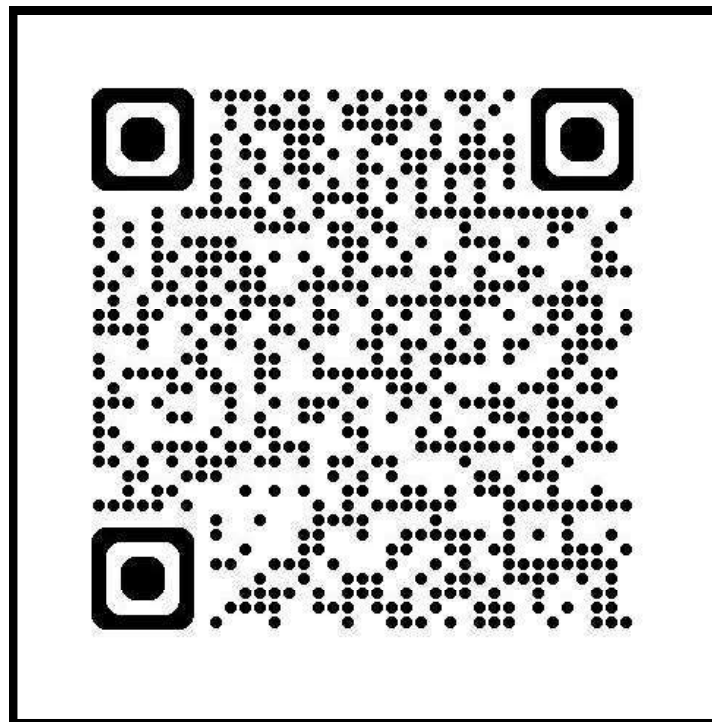


Curso 25/26



Después de cada sesión te agradeceríamos rellenaras una
ENCUESTA muy breve

Escanea este QR



busca en en Google la palabra
“**coef**” y te llevará a nuestra pagina web:

coef.es

donde estará el link a la encuesta

CASO

UNA FAMILIA NORMAL

Juan y Teresa son padres de dos niños: Cristina de 4 años y Quique, de 18 meses. Están convencidos de que los educan bien, pues, como dice Juan: "hasta ahora no nos han creado ningún problema, sólo lo normal en los niños". Según ambos, hay perfecta armonía en el matrimonio, si bien discuten sobre temas educativos que luego consideran de poca importancia.

El insomnio de Quique es quizás el único "problemilla" que les preocupa, aunque se consuelan pensando que es normal que en una familia salga algún niño con problemas de sueño: "eso les pasa a muchos de nuestros amigos".

Hace unos meses, Juan y Teresa pasaron una verdadera crisis de cansancio y agotamiento por esta causa. Por fin, exhaustos por levantarse 5 ó 6 veces cada noche, probaron llevárselo a su cama y dio resultado: ¡dormía!

A ellos les costó acostumbrarse, especialmente a Juan, pues el niño no paraba de moverse, pero no oírle llorar compensaba la incomodidad. Ahora, pasados ocho meses, duermen habitualmente los tres juntos. Juan, a veces, intenta devolverlo a su cama cuando se duerme, pero no tarda mucho en despertarse otra vez.

Hoy, sábado, sobre las seis de la tarde, han venido dos hermanos solteros de Juan para ver a sus únicos sobrinos y ha habido, pese a la tímida oposición de Teresa, reparto de golosinas.

Después la noche ha sido movidita, pues además de Quique, también se ha despertado Cristina, que con tanta golosina no quiso cenar, y ha armado tal escándalo en la cocina que se ha levantado toda la familia.

—*Pero, ¿qué buscas a estas horas?* —le ha preguntado Juan.

—*Tengo hambre.*

Juan y Teresa se han mirado a los ojos y, tomando con paciencia el incidente, han accedido a darle un vaso de leche con galletas. Entre unas cosas y otras, ha pasado una hora.

A la mañana siguiente, van con el tiempo justo, han quedado en pasar el día en casa de los abuelos, fuera de la ciudad. Comienza entonces otra de las luchas diarias que desquician a Teresa: vestirlos y lavarlos. Para adelantar tiempo, Juan ayuda a Cristina y Teresa se encarga de Quique, pero ninguno de los niños colabora mucho. Hay prisas, forcejeo y enfados:

—*¡Parece mentira que no te sepas poner ni las braguitas al derecho!, ¡dame, ya te visto yo!* — protesta Juan.

—*¡Vamos Quique!, ¿quieres dejar de una vez la pelota y venir aquí?* —ordena Teresa.

—*¡Si no os dejáis vestir, no iremos a casa de los abuelos!* —amenaza Juan.

—*Juan, no te olvides de supervisar que se lave los dientes cuando se lave la cara* —recuerda Teresa.

—*¡Pero, mujer...que tiene cuatro años! Ya se los lavará más adelante; total, si se le van a caer.*

Al final, Teresa tiene que recurrir a su método infalible de los días de "cole": enciende el televisor y los niños son vestidos mientras atienden al programa de turno.

La verdad es que han llegado a casa de los abuelos a una hora muy prudente, gracias a que Teresa ha amontonado los juguetes en el armario mientras Juan bajaba con los niños, "porque, como tengamos que recoger, no salimos ni mañana...".

En casa de los abuelos ha tenido lugar la tercera de las batallas diarias que Teresa libra con sus hijos: la comida.

Cristina ha mal comido sola y Teresa ha dado de comer a Quique. Menos el pino con una mano, ha hecho de todo. Por fin, tras una hora de lucha, ha conseguido que comieran.

—*A Cristina vamos a tener que atarla a la silla, ¡no está quieta un momento!* —comenta Teresa a su madre.

—*¡No exageres, hija! ¡Eso lo habéis hecho todos!*

—*Pero, ¿has visto cómo se pone? No hay babero que la proteja. Además, se pasa la hora metiendo los dedos en el plato. Es una cochina, no sé a quién ha salido...*

De vuelta a casa, con los niños dormidos en el coche, Teresa comenta a su marido:

—*Salvo en la comida, los niños se han portado bastante bien, ¿no te parece?... Por cierto, tenemos que contestar a mi hermana si vamos a asistir al curso de padres sobre la educación de niños pequeños que nos propuso...*

—*Yo creo que nos defendemos bien* —le ha respondido Juan— *y no necesitamos más cursos que el sentido común. A nuestros padres no les enseñó nadie, y no hemos salido tan mal.*

—*Hombre, si me explicaran cómo ayudar a Cristina a ser más responsable de sus cosas y a Quique a dormir en su cuarto... pero cada niño es como es.*

—*Bueno* —ha concluido Juan— *cada matrimonio tiene su propio estilo y yo creo que somos una familia normal. ¡Ojalá sigamos así cuarenta años más!*

Hoja de trabajo personal

Programa					Sesión	
Relación de los hechos más significativos de los personajes del caso						
Problemas que encuentro en este caso :						
■ ■ ■ ■						
Temas del caso que me interesa discutir en la reunión de equipo:		Criterios de la nota técnica que me llaman la atención:		Cuestiones que se han discutido en la reunión de equipo y me interesa aplicar en mi familia:		
■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		



MARCOS DEL DESARROLLO INFANTIL

Todo el desarrollo infantil integral que deseamos para nuestros hijos puede y debe realizarse desde lo que se ha venido a llamar "marcos" educativos, que no son sino los distintos aspectos en que ha de incidir la acción educativa, y de qué forma conviene que ésta incida.

En la presente nota técnica, se hace una breve descripción de cada uno de estos marcos y se ofrecen, por vía de ejemplos, algunas conductas adecuadas que mejoran el desarrollo del hijo en cada uno de ellos.

El marco antropológico: los cuatro hábitos básicos

El cuidado de los cuatro hábitos básicos debe ser una constante desde que nace el niño. Estos son:

- a) **Comidas:** el niño debe comer bien, de todo, a su hora y en un tiempo determinado.
- b) **Sueño:** el niño debe tener sus horas de sueño, siempre las mismas, irse a dormir a su hora y levantarse a su hora, procurando que duerma en su propia cama.
- c) **Orden:** El orden en los horarios es fundamental, el niño quiere saber lo que tiene que hacer en cada momento y no debe depender del capricho de los

adultos. Por otro lado, forma parte del orden transmitir y enseñar al niño el respeto a las personas y a las cosas.

- d) **Higiene:** empieza por el control de esfínteres y continúa con el aseo personal. El niño debe aprender a sentirse cómodo y a agradecer la limpieza.

Para conseguir el éxito en estos 4 **HÁBITOS BÁSICOS** que nos atrevemos a decir que son los pilares de la "paz familiar" en los primeros años de vida de nuestros hijos, cada familia debe lograr su propio estilo, pero como consejo universal proponemos:

EMPEZAR CUANTO ANTES Y SEGUIR UNA ESTRATEGIA CONJUNTA Y FIRME ENTRE PAPÁ Y MAMÁ.

Esto no significa tener que ponerse de mal humor para lograrlos o enfadarse si no se consiguen adquirir en un principio, sino estar convencidos de que, con constancia, se alcanzan.

El marco psicológico: el éxito

Al niño, como al adulto, le hace falta el éxito, su vida no puede ser un continuo fracaso. Este sentimiento explica muchas de las posibles malas reacciones de nuestros hijos.

Debemos procurar hacernos partícipes de sus pequeños y grandes logros y tratarles con la delicadeza que merecen.

Por cada corrección, habría que reforzar sus logros 5 veces.

Proponemos las siguientes consideraciones:

- Por cada corrección, habría que reforzar sus logros cinco veces al día.
- Tomadles siempre en serio, ellos lo notan.
- Sed ejemplos vivos: evitad burlaros de la debilidad del niño. Alabad sus logros.
- Hay que saber pedir perdón y dar las gracias. Lo debéis hacer todos.
- Los abuelos representan una gran fuente de estimulación e información para los niños.
- Es positivo el contacto entre bebés, sin dejarles solos.
- Habladles correctamente sin reiros de su mala locución y explicadles cómo se dicen las cosas bien. El mejor enriquecimiento lingüístico lo recibe el niño mediante la conversación familiar.
- Estad atentos a los enfados y celos de los niños. Normalmente se superan con vuestra alegría, naturalidad y vuestro trato personalizado.
- Estimulad la valentía: en el parque infantil y en los paseos por el bosque y los campos; que se atrevan a todos los movimientos. Dadles ejemplo con naturalidad, sin preocuparos de lo que han hecho mal. Ya lo perfeccionarán.

El marco neurológico: el movimiento

Lo que más gusta al niño es moverse... y libremente.

Cuanto más oportunidades de movimiento tenga mejor organizará sus sentidos, conocerá y asimilará mejor el mundo que le rodea y desarrollará con más intensidad su capacidad intelectual.

Por eso podemos aconsejar:

- Dar amplia oportunidad de ejercicio físico antes de los ocho años y, en particular, antes de los cuatro.
- Lo que más cuenta son los estímulos del entorno, no la genética (aunque también influye). Pero el niño desea, necesita que se le estimule y se le deje libre pronto.
- Pero, cuidado, la falta de estímulo es tan dañina como el exceso de estímulos desordenados.
- Proporcionadles una dieta equilibrada. Es muy importante, en este sentido, la ayuda que pueden y deben prestar el pediatra y la escuela. Dejaos aconsejar por estos profesionales.
- Permitidles conocer los objetos utilizando el máximo número de sentidos. Se aprende vivencialmente.

El marco pedagógico: educar en positivo

El marco pedagógico comprende toda la acción educativa que se ha de realizar con el niño para conseguir el éxito, dándole la preparación que necesita y que pide para el desarrollo integral de todas sus capacidades.

Para la adecuada progresión en el marco educativo, conviene hacer todo y decir todo "en positivo", animando, alentando, facilitando los medios adecuados en el momento oportuno, no desesperando ni siendo demasiado exigentes o negativos.

Algunas ideas y pautas para educar en positivo:

- **Aprovechad el ocio.** Haced una lista de opciones alternativas a las pantallas. Ponedlas en práctica.
- **No aceptéis ningún chantaje** de un hijo, por pequeño que sea el niño o el chantaje.
- **Lo mejor para el bebé** —antes de los dos años— **es estar comunicándose amorosamente con él.**
- **Pasadlo bien juntos**, sin ceder en ningún límite establecido.

El horario claro y fijo encanta al niño. Los cambios le desorientan y frenan su aprendizaje.

- Intentad **evitar las situaciones inesperadas.**
- Sed firmes con el niño o la niña antes de los dos años; **no cedáis nunca en el campo de los cuatro hábitos básicos.**
- **Lo difícil y lo fácil en el niño no son lo mismo que en el adulto:** aprende con pasmosa facilidad tanto a nadar como a reconocer y seguir una pieza de Mozart, un número incontable de objetos en el idioma que sea, a tocar un instrumento, a identificar conjuntos matemáticos, etc.
- **El niño recuerda sólo aquello que le gusta**, que se le ha presentado de modo interesante.

- **Para aprender a hablar, cantar y desarrollar buenos sentimientos, utilizad audios, videos o películas seleccionadas**, en lugar de la televisión.
- Favoreced las audiciones de música culta, a ser posible seleccionando las piezas.
- Aprender a tocar un instrumento desarrolla la capacidad de concentración.
- Que el niño aprenda a memorizar versos desde que comienza a hablar.
- Usad cartas de observación, láminas, cromos. Esto desarrolla el hábito de memorizar y de pensar.

El juego es parte fundamental en el proceso de aprendizaje del niño.

- **Ofreced pocos juguetes**, cambiándolos dos o tres veces al año.
- Favoreced el uso de grandes hojas de papel y pizarras de pared en una habitación de la casa.
- Cualquier juego de construcción y el uso de cochecitos o muñequitos facilitan de una forma natural el juego simbólico.

El éxito en la educación del niño o niña dependerá del crecimiento armónico y equilibrado en todos los marcos, realizado de forma personal, y en positivo.

CARACTERÍSTICAS PSICOLÓGICAS

4 y 5 AÑOS

Algunos rasgos significativos de esta etapa

Aunque pueda parecer algo banal, es constructivo pensar que los niños y las niñas de cuatro y cinco años tienen ya una experiencia vital de más de cuatro años. En ese tiempo han experimentado con todos los resortes de su cuerpo: han mirado y han reconocido, han sonreído o han gritado y han comprobado las consecuencias de hacerlo, han manipulado y se han visto capaces de retener y utilizar cosas, se han desplazado y han experimentado hasta dónde pueden llegar o de lo que son capaces con sus movimientos.

Ese «bagaje vital», además de haber contribuido a madurar su cerebro, les ha permitido crecer en muchos aspectos biológicos, fisiológicos, afectivos e intelectuales. En esta etapa empiezan a ser conscientes de que las cosas tienen nombres y las palabras significado y eso les permite, no sólo relacionarse mejor con su ámbito más cercano no solo físicamente, sino también de una forma intelectual. Sin ser conscientes de ello, experimentan que el uso de dichas palabras les permite satisfacer curiosidades, relacionarse de otra manera con los que tienen cerca y, sobre todo, cubrir esas necesidades de conocimiento que su acelerado desarrollo cerebral les está generando.

A estos niños se les suele reconocer por su incipiente capacidad para mantener breves o pequeñas conversaciones en las que, sin tener clara y formada su capacidad discursiva, siguen sencillos razonamientos y preguntan y contestan con relativa rapidez y soltura. Es, sin lugar a dudas, lo que podríamos llamar la etapa de las primeras conversaciones.

Los niños y las niñas de cuatro y cinco años se sitúan en la etapa que la psicología evolutiva clásica viene a llamar «final de la Primera Infancia». Es un paso vital en el que se encuentran superando la fase poco reflexiva de los porqués —de los tres años— e instalándose en lo que podríamos calificar de periodo de soltura para iniciar y mantener pequeñas conversaciones.

Su progreso intelectual no llega aún al uso de razón, ni al juicio ético, que aún tardará dos o tres años en llegar

Su progreso intelectual no llega aún al uso de razón, ni al juicio ético, que aún tardará dos o tres años en llegar, pero a esta edad habrán desarrollado suficientemente las capacidades de percepción, imitación y memorización, como para saber lo que hacen, lo que dicen y las consecuencias que pueden conllevar lo uno y lo otro.

Los niños de ésta última fase de la primera infancia son eminentemente preguntones y habladores y, como desde los tres o cuatro años han aprendido a ser sociables, cuando están sentados uno al lado del otro, suelen conversar ingenua y animadamente.

En sus conversaciones ya no les basta la simple respuesta a sus “¿por qué?”, ahora las preguntas que plantea son del tipo: ¿para qué sirve?, ¿de qué está hecho?, ¿cómo funciona?...

Analizando los diferentes enfoques de la psicología evolutiva, que siempre nos conviene conocer para hacernos una idea más global de cómo son estos niños, observamos que los seguidores de la corriente psicosocial de Erikson afirman que estos niños se encuentran en la etapa de la «iniciativa», es decir, que están creciendo en su individualidad a través de la experimentación de cosas nuevas, principalmente porque disfrutan con sus nuevas experiencias vitales. Son niños que ensayan y tantean las cosas una y otra vez, sin dejarse abatir por el fracaso.

En todo tipo de actividades físicas e intelectuales son incansables, se crecen y disfrutan con ellas, aunque ahora, y cada vez más, toda su actividad va a estar marcada por su temperamento y su carácter, que ya empieza a manifestarse.

En esta etapa se empieza a configurar la identidad sexual. Los niños de cinco años muestran ya indicios del hombre o de la mujer que serán en el futuro. Desde su concepción llevan ya el sello de su individualidad masculina o femenina, pero es a esta edad cuando diferencian e imitan, con gusto y eficacia, los modelos materno-femenino y paterno-masculino que tienen en casa, si les parecen satisfactorios.

La teoría cognitiva piagetiana explica que estos niños se encuentran en la llamada «etapa pre operacional», en la que aprenden a utilizar todos los sistemas de representación intelectual, con el consiguiente conocimiento de las simbologías de

los adultos. Entre ellas se puede considerar de vital trascendencia el aprendizaje de las palabras, que ayudan a nombrar a las personas y permiten representar lugares, acciones y cosas.

El aprendizaje de las palabras

Nos parece conveniente explicar brevemente cómo se produce el aprendizaje de esas palabras que conducen a la conversación y al diálogo. Creemos que eso nos ayudará a descubrir los procesos didácticos que tendremos que poner en marcha para que nuestros hijos adquieran de la mejor forma posible el conocimiento y el uso de las mismas y los mecanismos que ayudan a utilizarlas correctamente.

A lo largo de los dos primeros años de vida, los niños aprenden a balbucear y a imitar sonidos y perciben con vivacidad y claridad las respuestas que les dan los adultos, en función, sobre todo, de la intensidad de esos sonidos, de tal manera que, mucho antes de que sepan expresar ideas con esas palabras, consiguen establecer con sus padres mecanismos de comunicación afectiva que les son gratos o desagradables en función de la gratificación o la reprobación recibida con ellos.

Durante los dos años siguientes van comunicando, con toda clase de gestos y actitudes, sus necesidades, deseos y antojos. Al mismo tiempo, van memorizando y dejando grabados en su cerebro gran cantidad de registros, no sólo palabras, sino también señas, tonos, inflexiones de voz, etc., y cuando han sobrepasado los tres años aproximadamente superan ya el conocimiento de más de 1000 palabras y manejan bien unas 500. Cuando entran en esta fase final de la primera infancia ya habrán reconocido y memorizado el uso de más de 2000 o 3000 palabras distintas, en función de la calidad de los estímulos lingüísticos que haya ido recibiendo, sobre todo en el ambiente familiar.

«Conversar» con ellos debe suponer hablar muchas veces de muchas cosas, pero siempre con sencillez, brevedad, escuchándoles primero

A veces los niños de estas edades no se sienten con ánimos de hablar y eso conviene detectarlo, pues no conviene forzar.

La conversación ha de ser para ellos un momento gratificante y satisfactorio. «Conversar» con ellos debe suponer hablar muchas veces de muchas cosas, pero siempre con sencillez, brevedad, escuchándoles primero y sin dar largas contestaciones después. Y, a ser posible, nuestras palabras deben acompañarse con notorias inflexiones de la voz y con continuas miradas de afecto y complicidad.

Existen estupendos estudios¹ que demuestran que los padres que, desde pequeños, hablan mucho con sus hijos, utilizando sus conversaciones para reforzar vínculos afectivos y extraer normas educativas, hacen a sus hijos más competentes en el uso del lenguaje y despiertan habilidades que facilitan su aprendizaje.

Su desarrollo intelectual

Ahora su campo de intereses se ha ampliado mucho y eso se concreta en el calibre y amplitud de las preguntas que empiezan a hacer, referidas siempre a un mundo de aquí y de ahora; no les cabe fácilmente el concepto de tiempo presente o futuro, ni los intereses de los demás. A esta edad se vuelven muy realistas y concretos, tienen ya un fuerte sentido de la posesión y tienden a hablar frecuentemente en primera persona.

A esta edad se vuelven muy realistas y concretos, tienen ya un fuerte sentido de la posesión y tienden a hablar frecuentemente en primera persona

Por lo que respecta a su desarrollo intelectual, el amplio conocimiento de muchas palabras les permite tener una mayor percepción del mundo, de las personas y de su entorno cercano, aunque necesariamente siguen confundiendo lo real y lo irreal. En cuanto a sus miedos y temores, ahora pueden ser más reales, ya que los niños de cuatro

o cinco años acostumbran a generárselos en función de sus experiencias personales y no como producto de su imaginación, que es lo que ocurría en la etapa anterior.

Es hacia la mitad de esta etapa cuando crece en ellos un incipiente y elemental sentido del pudor, lo que, en algunos momentos y situaciones, genera intensos sentimientos de vergüenza.

Y como en los niños de cuatro y cinco años aparecen los primeros intereses sexuales, es lógico que, de vez en cuando, quieran investigar las diferencias anatómicas existentes entre niños y niñas; esa primera fase de la educación sexual que los padres deben afrontar consistirá en ayudarles a reconocerlas. También es lógico que les preocupen algunos aspectos de la venida de los niños al mundo, sobre todo cuando ven a una señora embarazada.

Este género de cosas tiene para ellos un gran interés y eso exige que se cuente, principalmente en el entorno familiar, con una orientación sencilla y adecuada, como intentaremos enseñaros en una de las próximas sesiones de este curso.

Su mundo afectivo

Aunque, como los niños de cualquier edad, necesitan el cariño de sus padres para crecer en seguridad, confianza y equilibrio, a nivel afectivo se encuentran ahora en una fase de serenidad y madurez que nos permite a nosotros ser proactivos y exigentes con ellos. Son niños tenaces en cosas fáciles, que buscan el afecto y el aplauso, pero no por egocentrismo sino más bien porque les agrada escuchar que hacen bien las cosas. Es bueno, por tanto, estimular su iniciativa, facilitarles que puedan hacer muchas cosas solos y felicitarles cuando sean originales y consigan hacer las cosas bien.

Aún no captan las ironías de los mayores y, aunque tengan bien educado el sentido del humor y les guste ya hacer bromas, si se les ridiculiza demasiado se generan complejos difíciles de curar.

Conviene también hacerles ver, con claridad y firmeza, sobre todo en el entorno familiar, qué cosas son buenas y qué otras conviene evitar

¹ B. L. White, Kaban, Attanucci: «Las competencias en destrezas cognitivas y sociales», 1979.

porque son malas o porque pueden causarles daño. Es un primer paso en la educación de su voluntad: por ello es bueno recordar que hay que enseñarles a participar, a perder y a ganar, a compartir, a dar las gracias, a pedir perdón, etc., aunque algunas de estas acciones aún les cuesten mucho.

Su actividad

El niño de cinco años produce una impresión favorable de competencia y estabilidad, porque ya es capaz de concentrar su atención sin distraerse y porque sus exigencias no son excesivas. Pide ayuda al adulto cuando la necesita, pero le satisface la experimentación y la iniciativa en sus acciones. No se les debe desafiar a realizar esfuerzos que sobrepasen sus capacidades o sus fuerzas, sería una imprudencia, ya que aún no saben medirlas.

Su actividad sigue estando marcada principalmente por el juego. A través de él aprende, y muestra interés por seguirlo, aunque a veces las normas le cansan y abrumen. A los niños de cuatro y cinco años les gusta aprender y ser instruidos, no tanto por satisfacer a sus padres como por mera satisfacción personal. Con un aprendizaje pautado y racional, estos niños aprenden fácilmente y con docilidad sus primeras letras y, al final de la etapa, gran cantidad de ellos ya son capaces de leer.

Su entorno próximo: el hogar familiar

Las figuras del padre y de la madre les son completamente necesarias para su equilibrio afectivo y les gusta permanecer en casa con ellos, pues disfrutan jugando durante horas en su habitación habitual de juegos. Además, la vida en el hogar todavía presenta suficientes atractivos afectivos para ellos.

Su mundo gira en torno a la familia y ahí, en su casa, ellos se sienten a sus anchas. Los padres deben ir contestando pacientemente todas sus preguntas e iniciarles en ese mundo de las Primeras Conversaciones.

Los cuatro y cinco años suponen una edad propicia para empezar a educar en valores

Los cuatro y cinco años suponen para los padres una edad propicia para empezar a educar en valores, pues reorganizan las experiencias recogidas durante sus anteriores años de vida y son capaces de responder muy favorablemente a los planteamientos educativos que se tienen con ellos.

El hábito básico del orden sigue siendo muy importante a esta edad, al igual que los de la higiene, la comida y el sueño, que deben estar ya muy consolidados

El hábito básico del orden sigue siendo muy importante a esta edad, al igual que los de la higiene, la comida y el sueño, que deben estar ya muy consolidados y que es necesario que se sigan educando, principalmente en casa.

En cuanto al orden, deben contar con diferentes lugares para guardar las cosas; además, han de sentir ese orden en sus cosas cotidianas: su asiento en la mesa, el armario de sus ropas, su triciclo, su cama, etc. Como le agrada asumir pequeñas responsabilidades, se trata de una buena edad para iniciarle en el cumplimiento de encargos adecuados a su capacidad.

Ahora empieza a adquirir un leve sentido del tiempo y del espacio, y por eso le agrada que su madre le relate las experiencias que debió atravesar en su infancia; también le gusta ver muchas veces repetida una película o un episodio de una serie, que cada vez entiende mejor, pues cada vez domina más el antes y el después.

En el tema del ejercicio de la autoridad el objetivo principal de los padres con hijos de estas edades debe ser que adquieran el hábito de la obediencia. Para que la obediencia pueda adquirirse será necesario que se haya ejercido la autoridad. Y eso supone que los padres tendrán que saber exigir el cumplimiento de todas aquellas cosas que se hayan mandado. Por lo tanto, serán pocas las cosas que habrá que mandar, tendrán que estar muy claras y se habrá que sancionar cuando no se cumplan, pero de esto hablaremos más adelante, en una sesión especialmente pensada para tratar el tema.

Su sociabilidad: el entorno escolar

El expansivo niño de cuatro años sale ya de sí mismo para relacionarse con el ambiente, pero arremetiendo contra él de manera casi atolondrada. Por el contrario, el niño de cinco años ya es más dueño de sí mismo y su relación con el ambiente se plantea en términos más ordenados y amistosos.

Como han empezado a dominar los mecanismos de la conversación, en estos niños aumenta notablemente el entorno de sus relaciones: hablan con mucha gente de cualquier cosa e incluso en algunas ocasiones son impertinentes. Indudablemente, este progreso en su sociabilidad nos lleva a entender que a esta edad ya es totalmente necesaria su escolarización.

Se suelen encontrar a gusto en el parvulario, con su profesora y los demás niños; empiezan a ser sistemáticos en sus tareas intelectuales, en sus pinturas suele haber ya simetría y les gusta ir comentando sus dibujos. Si dejan inacabado algo es muy probable que lo terminen más tarde.

Las visitas a lugares como una granja, un refugio de animales o un aeropuerto pueden proporcionarles una enorme satisfacción. Les gusta llevar a casa algo que hayan hecho en la escuela.

Como sus juegos son primordialmente creativos, imaginativos y de pocas reglas, a veces tienen desavenencias si están jugando con niños más pequeños. En otras ocasiones, si juegan con niños más mayores, también tienen dificultades, pues estos les exigen rigor y más seriedad.

Sobre el uso de las tecnologías

En los últimos años, la TV, los videojuegos, las consolas, los ordenadores, etc. han pasado a estar más al alcance de estos niños, y en algunos casos con libertad de uso. Toda pantalla ejerce en ellos un fuerte poder de atracción y, si bien no son

buenas ni malas en sí mismas, su uso excesivo sí puede hacerles daño. Por eso habrá que controlar los permisos que les demos para utilizarlas. Como norma general, cuanto menos las usen, mejor.

Nuestros hijos han nacido con estas tecnologías y depende de nosotros el uso que hagan de ellas. La responsabilidad de enseñarles a utilizarlas correctamente para que sepan divertirse sin caer en el vicio de utilizarlas, depende de nosotros.

Los videojuegos pueden ser muy útiles para estimular la concentración, la agilidad mental, el afán de superación, etc., pero debe evitarse su uso sin control y, por lo tanto, abusivo. Hay que conocer cuáles son apropiados a su edad y seleccionar y marcar los tiempos que tienen para cada uno de ellos.

Enunciamos a continuación algunos aspectos a tener en cuenta:

- ✓ Conviene conocer todas las tecnologías, pero necesitamos racionalizar su uso.
- ✓ Hay que establecer horarios y reglas para cada hijo y cada edad.
- ✓ Es conveniente hablar con frecuencia con los hijos sobre los juegos a los que juegan, en qué consiste ganar, qué les supone, etc.
- ✓ Es conveniente que dichos juegos sean colectivos, con hermanos, amigos, familiares, etc.
- ✓ Hay que evitar el aislamiento del juego en solitario durante largos períodos de tiempo.
- ✓ Es necesario vigilar el carácter ético de las series de dibujos animados que ven a estas edades. No por ser dibujos son siempre apropiados para ellos.
- ✓ No debemos permitir que puedan disponer de un aparato de TV en su habitación.

SECRETOS ENTRE AMIGOS

Javier acaba de cumplir cuatro años. Sus padres, Esther y Santiago, están un tanto desconcertados por su comportamiento: tan pronto se porta como una persona mayor como reacciona de un modo caprichoso y violento. El abuelo Daniel, que vive con ellos y acaba de estrenar su merecida jubilación, les consuela diciendo:

—No os preocupéis, lo único que os pasa es que os falta experiencia, al final todo se arregla, a los niños hay que dejarles que maduren por su cuenta.

Cada día, es el abuelo quien recoge a Javier a la salida de la escuela infantil y se lo lleva un buen rato al parque antes de volver a casa. Allí es la admiración de muchos por su obediencia y buen comportamiento.

Cuando Esther intenta sonsacarle al niño qué hacen abuelo y nieto para que las cosas vayan tan bien, Javier responde, bajando la vista:

—Jugamos.

—¿Y a que jugáis? —le pregunta la madre.

—A todo.

Y aquí se acaba el diálogo. Esther no se explica cómo jamás el niño ha tenido un problema de comportamiento con el abuelo. Pero hay una especie de pacto de silencio.

«Los amigos tienen sus secretos», contesta el abuelo a Esther cuando ésta le dice que no comprende con qué secreto consigue que el crío le haga tanto caso.

Santiago y Esther hablan mucho sobre la educación de su hijo. Ella es más práctica que él a la hora de intentar exigirle unas normas, y de mostrarle formas correctas de actuar, pero ninguno consigue que, en determinados momentos, ponga límite a algunos de sus comportamientos. Hoy, por ejemplo, a la hora del postre, el niño ha pedido una manzana:

—Acércate a donde están y trae una —le ha dicho Esther.

—Es que tú siempre me la traes —responde el niño.

—Pero tú eres mayor y puedes ir a buscarla...

El niño ha traído dos manzanas.

—¿Por qué traes dos? —le dice la madre.

—Es que me gustan mucho.

—Pero sólo vas a comer una. Devuélvela a su sitio, por favor, Javier.

El niño se ha quedado pensativo unos instantes. Luego ha respondido:

—Es que la he traído para ti, mamá. Si no la quieres me la como yo.

—Gracias, Javier, por haberte acordado de mí.

El niño ha observado con asombro cómo su madre se ha comido la manzana y se le ha escapado una sonrisa pícaro, indescriptible. Hijo y madre se han mirado en silencio, como si fueran cómplices de algo gracioso.

Al día siguiente, de manera excepcional, Esther y Santiago recogen a Javier en la escuela infantil. Javier está muy contento por la sorpresa de ver a su madre. Ya en las mismas escaleras de la escuela Javier le ha pedido a Esther un pastel que sabe que hay en el escaparate de la pastelería que está al lado.

—*No cariño, merendaremos en casa. Ahora vamos rápido, que papá nos está esperando en el coche.*

—*¡Yo quiero el pastel!*

—*Javier, en casa hay merienda. El pastel, los domingos de postre.*

—*¡Yo quiero ese pastel!*

El resultado a las reiteradas negativas de Esther ha derivado en una de las habituales rabietas de Javier: llanto, pataletas, y su acostumbrado recurso: «pues ya no te quiero» ... En estas circunstancias, Esther se pone tensa, pero hace como que se siente ajena al espectáculo, toma al niño firmemente de la mano y acelera el paso...

Esta vez, Javier no se ha calmado de ninguna manera y, cuando ha visto a su padre esperándoles al otro lado de la calzada, se ha desembarazado de su madre y ha salido corriendo cruzando la calle sin mirar... Esther y Santiago han chillado al unísono:

—*¡Javier, cuidado!!*

El niño, al oír los gritos se ha parado asustado, justo a medio cruzar. Se ha oído un brusco frenazo, pero, gracias a Dios, todo ha quedado en un susto.

Cuando Santiago ha llegado donde estaba el niño le ha dado una bofetada, al tiempo que ha dicho:

—*¡Pero ¡qué es esto!, ¿no te hemos dicho mil veces que no puedes cruzar solo?! ¡No lo vuelvas a hacer nunca!...* —ha pedido disculpas al asustado conductor y ha seguido gritando a Javier...

—*¡Ahora sube al coche y ya hablaremos!*

Javier ha roto a llorar desconsoladamente. Cuando ha llegado su madre, lo ha cogido en brazos, diciéndole:

—*Calma, no ha sido nada, sólo un susto. Vamos, no llores. No volverá a pasar...*

—*Pero... papá me ha... pegado. Y tú... dices que... no se pega.*

—*Es que has hecho una cosa muy mala y te podrías haber hecho mucho daño...*

Santiago ha interrumpido a su esposa diciendo:

—*Eres demasiado blanda, este niño necesita mano dura, no se le pueden permitir estas cosas; vamos, que os dejaré en casa...*

Camino de casa, Santiago ha roto el silencio que ha reinado todo el trayecto, para decir con voz enfadada:

—*Hoy te irás a la cama sin cenar...*

A Esther le hubiese gustado decir que no le parecía un castigo apropiado, pero, como el niño estaba delante, ha preferido callar.

Una vez en casa no se ha vuelto a hablar del asunto, Esther no le ha hecho ningún reproche y lo ha acostado sin cenar. Ya medio dormido, Javier ha dicho a su madre:

—*Mamá, si mañana no cruzo la calle... ¿me comprarás pastelito como hace el abuelo?...*

Hoja de trabajo personal

Programa					Sesión	
Relación de los hechos más significativos de los personajes del caso						
Problemas que encuentro en este caso :						
■ ■ ■ ■						
Temas del caso que me interesa discutir en la reunión de equipo:		Criterios de la nota técnica que me llaman la atención:		Cuestiones que se han discutido en la reunión de equipo y me interesa aplicar en mi familia:		
■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		



AUTORIDAD: NORMAS Y OBEDIENCIA

Para que los seres humanos, desde que son muy pequeños, puedan aprender a hacer cosas buenas y valiosas, es necesario que quieran hacerlas.

Y para eso es conveniente enseñarles que son capaces de hacer muchas cosas, que hay cosas que es bueno hacer y que hay otras que conviene evitar.

El problema radica en que la vida humana es complicada y compleja. En muchas ocasiones nuestra naturaleza, que no es perfecta, sino más bien «desordenada», nos ofusca el entendimiento y hace que éste nos presente como bueno aquello que no lo es tanto. Esto se da con más frecuencia en los niños pequeños.

Nosotros, como padres responsables que queremos educar bien a nuestros hijos, no sólo deberemos evitar que hagan cosas malas, sino que tendremos que conseguir que hagan y les guste hacer cosas buenas, que sepan apreciar el bien y lo que es bueno y, por supuesto, que tengan la voluntad necesaria para hacerlo.

Educar la voluntad

Partimos de que, a esta edad, la voluntad es algo muy incipiente, por eso, si queremos que estén verdaderamente bien educados, no bastarán los estímulos, ni las vivencias, ni la riqueza del lenguaje, ni siquiera quererles mucho. Tendremos que centrar nuestros esfuerzos en poner los medios para que vayan teniendo educada su voluntad, esa capacidad humana que gobierna el comportamiento de la persona y gracias a la cual escogemos lo bueno, o lo malo, en los mil y un acontecimientos de cada día.

En los primeros años de vida, los niños van recibiendo y grabando en su cerebro, con una absorción increíble, toda clase de estímulos positivos, ánimos, felicitaciones y también elementales normas de comportamiento, que les van haciendo entender qué cosas está bien hacer y satisfacen a sus padres, y cuáles molestan y les enfadan.

Desde el principio los hijos van observando y valorando lo que es importante para mamá y lo que es importante para papá, ¡y lo que no les gusta ni a uno ni a otro! De esa manera van creciendo en él las «ganancias» de hacer determinadas cosas y de evitar otras, reafirmando así, poco a poco, buenos hábitos de comportamiento que, más tarde, constituirán como un puntal para su fuerza de voluntad.

Por tanto, de lo que se trata ahora es de:

- En primer lugar, fijar **OBJETIVOS CONCRETOS** que nos ayuden a crear hábitos (que luego se convertirán en virtudes);
- En segundo lugar, transmitirles el **CONOCIMIENTO DE LAS NORMAS**, motivándoles positivamente para que las cumplan (esto les permitirá adquirir los límites éticos de sus acciones), y,
- En tercer lugar, ganarnos su **CONFIANZA** para que aprecien y **ACEPTEN LA AUTORIDAD** y el control que necesariamente tendremos que ejercer sobre ellos. Esto configurará de forma natural los marcos de su creciente libertad.

Pueden ayudar a ir educando la voluntad del niño, los siguientes ejemplos:

De 12 a 24 meses: procurar en el niño la constancia y tenacidad cuando hace las cosas, en su higiene, en las comidas, en sus horarios de comida y, sobre todo, a través del juego, aguantando y permaneciendo en lo que haga; haciendo cosas solo; confiándole pequeños servicios o encargos que tengan que ver con sus cosas; siendo capaz de dejar de hacer algo sin llorar, etc.

A partir de los dos años, tienen que haberse dado cuenta de que son capaces de hacer muchas cosas por ellos mismos, deben haber aprendido a asumir algunos deberes y a aceptar los fracasos (un plato roto, ir al baño por la noche, aceptar algunas reglas de juego, aceptar la exigencia de sus horarios sin quejas, obedecer sin excusas las órdenes recibidas, etc.) y, por supuesto, deben haber sido capaces de refrenar determinados impulsos o antojos.

Establecer normas de conducta

A los niños de estas edades hay que darles las normas con bastante frecuencia y de una forma sencilla y clara, con la claridad suficiente como para asegurarnos de que nos han entendido. Ellos sienten una gran satisfacción cumpliendo las normas que han aprendido y entendido.

El niño necesita claridad, constancia y autoridad para aprender bien los objetivos y las normas que les proponemos. Éstas siempre deben ser adecuadas a su edad y transmitirse a través del ejemplo.

Estas primeras normas deben centrarse alrededor de los hábitos básicos: orden, de la higiene, del sueño y de las comidas.

- Educamos a nuestros hijos a ser ordenados a través de nuestro **ORDEN**; en el cumplimiento de un horario, en la forma en que guardamos las cosas, en la manera en que recogemos los juguetes y les enseñamos a hacerlo.
- En el campo de la **HIGIENE**: si se decide que tiene que lavarse las manos al llegar del parque, habrá que exigírselo siempre; si los papeles de los caramelos van a la papelería, hay que recordarlo siempre, aun cuando sería mucho más fácil que los recogieran papá o mamá.
- En los temas del **SUEÑO**: la hora de ir a la cama es sagrada, han de dormirse solos, con o sin luz, pero solos, y habrá que exigirlo siempre.
- En aspectos de la **COMIDA**, igual: se come bien, de todo y en el tiempo establecido.

Una norma educativa valiosa ha de servir para toda la vida.

Si el hijo se encuentra atendido y exigido, los padres no deben tener problemas en fijar límites claros antes del primer cumpleaños del bebé.

A partir de los ocho meses, y especialmente durante el período natural del «no», cuando las peticiones de muchos niños son simplemente pruebas para saber hasta dónde pueden llegar, los padres deben reaccionar con firmeza, desde el primer momento, dándoles a conocer de forma coherente cuáles son las normas que deben cumplir y cuáles deben ser los límites de sus actos.

Los intentos de coger rabietas y pataletas a medida que van creciendo remiten o se agravan en función de cómo reaccionemos y de lo bien o mal que se hayan transmitido los límites de comportamiento. Los niños que saben lo que se espera de ellos están tranquilos y felices. Hay que dejar siempre muy claros los límites y actuar con cariño, pero con firmeza.

Ejercer la autoridad

La realidad es que los niños mal educados crean malestar. Por muy pequeños que sean o mucho que les queramos necesitan por su bien que se ejerza con ellos la autoridad, la cual muchas veces es incómoda y exige de los padres grandes dosis de fortaleza, de entrega, de generosidad. En muchos casos, estos niños no tienen la culpa de sus malos comportamientos ni de que algunos adultos los rechacen, sino que la tienen principalmente sus padres.

La autoridad cuesta, pero los niños agradecen la exigencia amorosa, sobre todo porque les da seguridad, con ella se sienten atendidos e intuyen que es una exigencia fruto del cariño

No obstante, a pesar de que exista una buena comunicación conyugal, será inevitable que uno de los padres tenga que tomar decisiones acerca de alguna norma sin poder consultar previamente con el otro. En estos casos, lo que habrá que saber hacer, con mucha habilidad, será secundar al otro cónyuge, para no minar su autoridad. Habrá que saber prevenir situaciones y reacciones, porque para conseguir que sean disciplinados se tiene que actuar con rapidez.

También será muy importante hacerles entender que no todas las normas son igual de importantes; no es lo mismo hacerse pipí que desmontar y vaciar los cajones o que insultar o pegar a mamá. Cada falta debe conllevar el castigo apropiado y, de esta manera, el niño irá construyendo su entramado ético, que le permitirá usar su voluntad con conocimiento de causa.

Por último, hay que decir que la autoridad no es incompatible con la alegría. Para ejercer la autoridad no se debe estar enfadado, más bien al contrario, se debe exigir con constancia y siempre buscando aspectos positivos:

«Has hecho el puzle muy bien. Ahora ¡a ver si juntos lo recogemos tan rápido como ayer!». Habrá que evitar dar órdenes en negativo: «Ya te he dicho veinte veces que recojas el puzle, ¡y rápido!». Pero será completamente imprescindible, cuando las normas impuestas sean transgredidas, sancionar; sancionar sin vehemencias ni desatinos, aun siendo muy pequeños, pero con firmeza, haciéndole ver que el castigo, siempre acorde con la falta que se le impone, es una forma de hacerle reaccionar cuando no ha sido capaz de cumplir lo que se le había propuesto.

Obedientes

La obediencia tendrá que ser la respuesta lógica de nuestros hijos a nuestro buen hacer en el ejercicio de la autoridad.

Se podrá considerar que nuestros hijos han adquirido el hábito de la obediencia si cuando les damos una orden, en la mayoría de los casos, responden con cierta premura y sin quejarse.

El período sensitivo para que los hijos se acostumbren a obedecer con poco esfuerzo se encuentra entre los dos y los siete años y, por ello, se hace imprescindible aprovechar esta edad para crear el hábito de la obediencia. En cualquier otro período nos costará el doble o el triple que nuestros hijos cumplan diligentemente nuestras órdenes.

De ahí la importancia que tiene que en estos primeros años se haya conseguido y consolidado su adquisición.

Ganarse su confianza

La confianza debe preparar adecuadamente el ambiente de la educación y es medio ideal para el desarrollo de la libertad personal, que ya está incipiente en el niño. Crear un clima de confianza es indispensable en toda acción educativa. Sólo en un entorno de auténtica confianza los padres somos capaces de dar una formación en virtudes efectiva y de presentar unos modos de comportamiento que los hijos asumirán libremente como propios.

Una forma eficaz de crecer en mutua confianza con los niños es el trabajo en equipo. En él aprenden a aunar la propia responsabilidad con una tarea común de la familia. La distribución equilibrada de tareas en

el hogar puede contribuir, de una forma práctica, a ganar en confianza:

«Confío en que harás esto que te encargo lo mejor posible»

La riqueza en los modos de decir, de solicitar, de alabar, de pedir por favor y de dar las gracias enriquece la confianza y prepara de una manera solícita y amable el ejercicio de la autoridad.

Para que los hijos acepten los valores que les vamos transmitiendo y estos acaben siendo un referente en las decisiones que tomen en el ejercicio de su libertad, deberá existir ese clima de confianza.

Esta confianza solo sabrán ganarla aquellos padres que confíen en sus hijos, que confíen en la validez de las normas que imponen y que confíen en que la autoridad que están ejerciendo es una actitud de servicio, de prestigio y de cariño hacia ellos.



OBEDIENCIA Y VOLUNTAD

El hábito de obedecer

La obediencia es un hábito, y, como todos los demás, se adquiere por la repetición de actos. Se trata de actos que podemos hacer con cierta soltura, primero, por tener ya desarrolladas las suficientes capacidades para realizarlos y, segundo, por haber permitido que, desde un principio, el entendimiento los reconozca, e intervenga en su ejecución la voluntad. Si, además, se trata de actos buenos, conseguimos convertirlos en virtud. Si, por el contrario, es un acto que no nos hace ser mejores o que no nos conviene, estaremos adquiriendo un vicio.

Para que una persona de pocos años adquiera hábitos que a la larga puedan convertirse en virtudes, en su primera fase alguien ha de planteárselo, después tendrá que hacer un seguimiento para asegurarse de que puede adquirirlo y, en último término, habrá que conseguir que sea razonado, o sea, realizado con voluntad, para que, en un determinado tiempo, pase de ser un «buen hábito» a ser una virtud.

¿Son los niños de 4 y 5 años capaces de haber adquirido el hábito de la obediencia? Por supuesto que sí. Cuando se han dado los pasos necesarios

para educarlos y se ha sabido mantener con firmeza la autoridad paterna y materna, no sólo se consigue que los hijos sean obedientes, sino que, además, entienden que conviene obedecer, y se les habrá ido preparando para una sociedad exigente, en la que les tocará más veces obedecer que mandar.

La auténtica obediencia, la que puede convertirse en un hábito operativo bueno, es la que realiza lo pedido con prontitud, con cierta rapidez... ¡y al principio con esfuerzo!, para acabar un tiempo después acostumbrándose a responder con diligencia y sin excesivo esfuerzo.

Obedecer significa dar respuesta, con relativa diligencia, a algo que se nos está mandando. Se trata de una acción que requiere un mínimo de esfuerzo, que normalmente cuesta y que, cuando no se tiene hábito... cuesta mucho más. Y hay que tener claro que un acto de obediencia siempre debe estar exento de coacción, de tal manera que si, con frecuencia, un niño hace caso a lo que se le manda por miedo a que le castiguen, o porque sabe que, si no, le reñirán, no podremos estar hablando de «acto

de obediencia».

Decimos «con cierta rapidez» porque, si se obedece al cabo de varios minutos, no se está obedeciendo. Y en el caso contrario, tampoco: si cuando se da una orden a los niños estos respondieran como esos perrillos que, al gritarles, están inmediatamente a tu lado para ver qué les ofreces, no estaríamos hablando de obediencia: eso sería sumisión. Si algún hijo respondiese con exagerada rapidez siempre que se le mandase algo, o estaría enfermo o no sería de este planeta. Obedecer cuesta, principalmente porque supone dejar de hacer actividades en las que se está ocupado y que es muy posible que nos estén siendo gratas. Los padres hemos de saber medir el tiempo que debe transcurrir entre el momento en que se da una orden y el momento en que se obtiene una respuesta.

Si nuestros hijos de la primera infancia suelen dar repuesta en breve plazo de tiempo a las indicaciones que les hacemos y a las órdenes recibidas, será señal de que nuestro hijo está adquiriendo el hábito de la obediencia. Si, por el contrario, tarda en hacernos caso, se busca con frecuencia excusas para no hacerlo o hay que repetirle las cosas muchas veces, vamos mal, nuestro hijo está aprendiendo a desobedecer y generando un mal hábito, y, si no cambia, a la larga acabará adquiriendo un vicio.

Por último, para educar el hábito de la obediencia será necesario fijarse en cómo es la persona a la que se está educando.

No todos los niños son iguales; los rasgos temperamentales, que son muchos y variados, hacen que cada niño y cada niña reaccionen de manera diferente a los estímulos que se les ofrecen.

Habrán niños más dóciles, otros serán más díscolos, pero debemos estar completamente convencidos de que unos y otros, si se van haciendo las cosas bien, podrán adquirir el hábito de la obediencia.

¿Hay que educar su voluntad para que sepa obedecer?

Por supuesto que sí, pero hablar de educar la

voluntad a los cinco años puede parecer prematuro y conviene aclarar las cosas. Es difícil tener voluntad para algo cuando no se tienen ni condiciones, ni capacidades, ni se nos ha preparado para realizar aquello que se nos pide. De tal modo que educar la voluntad es un complejo proceso educativo, que comienza en los primeros años de vida, dura varios años y supone un continuo seguimiento hasta advertir cuáles son los principales motivos que mueven la conducta de nuestros hijos.

Para ir educando la voluntad hay que poner previamente en práctica varios resortes educativos. En esta nota técnica dirigida a padres con hijos pequeños conviene aclarar que, a esta edad, no se puede educar todavía propiamente la voluntad, ya que ésta no actúa al margen de la razón, y se mueve principalmente por valores y motivos intelectuales que, a los cuatro o cinco años, aún no se pueden tener. Lo que sí que hay que tener claro es que, si no educamos en estas tempranas edades los aspectos que comentaremos a continuación, será muy difícil conseguir que nuestros hijos tengan después bien educada su voluntad.

Esos resortes o pasos a seguir serían:

- En primer lugar, **enseñarles a tener muchas destrezas**. Uno se puede proponer tener voluntad para algo si se sabe capaz de conseguirlo. Los hijos han de sentirse hábiles para muchas cosas si queremos que luego tengan voluntad para sacarlas adelante.
- Después habrá que **enseñarles a deliberar**, aunque sean muy pequeñitos, para que sepan reflexionar sobre las ventajas e inconvenientes de lo que hacen. Será difícil que nos puedan obedecer si su tesón, su capacidad de resistir, está todavía a los cinco años sin desarrollar.
- Luego, hay que ir **enseñándoles a dominar sus impulsos**, esos que a veces se generan fruto de nuestra peculiar *naturaleza*. Todos podemos sentir cosas que nos molestan o que no nos son agradables, pero en ningún caso esos impulsos pueden justificar una mala conducta o una imprudencia en las acciones.

A todos hay cosas que nos cuestan, con cinco años también, pero a esa edad ya se tienen capacidades suficientes para soportar esas cosas que no nos apetecen, para mudar nuestro antojo o para

aguantar el esfuerzo que supone obedecer lo que se nos haya mandado.

A partir de los tres años, para asentar bien las bases que nos ayuden a educar su voluntad, también tendremos que exigirles que empiecen a tomar decisiones, pocas y pequeñas, pero decisiones, de esas que obligan a renunciar a lo que no se ha podido elegir, principalmente porque se ha elegido lo otro.

Después, tendremos que enseñarles a saber soportar las dificultades y los inconvenientes de lo que se haya perdido. Por último, como decíamos antes, la mejor forma de mover voluntades será *mostrando valores elevados y grandes ideales*. Estos, aunque ahora no los entiendan, se los tendremos que ir descubriendo —¡ya desde estas edades! — poco a poco, revelándoles que hay cosas buenas, cosas mejores y cosas grandiosas en las que debemos ocuparnos con empeño.

Cuando se actúa teniendo el capricho del niño como norma, en unos pocos años se consigue tener preparado a un perfecto egoísta.

Será un niño incapaz de ayudar a nadie y con problemas de relación en sus entornos más cercanos: a la larga un hombre o una mujer infelices. Por el contrario, ese saber decir *¡que no!* a muchas cosas buenas o ese entregarse al servicio a los demás contribuirá a que sepan apreciar qué cosas convienen y cuáles se deben evitar.

¿Por qué desobedecen nuestros hijos?

Son varias las causas que podemos dar de por qué nuestros hijos tienen tendencia a no hacer caso a las órdenes que se les dan. En algún caso puede ser fruto de un temperamento complicado, pero, en la mayoría de casos, desobedecen por los errores en los que incurrir sus padres cuando les dan órdenes. Aquí sólo analizaremos tres causas que nos parecen

comunes en padres con niños de cuatro y cinco años, que son: no cuidar las *circunstancias* que rodean el mandato, permitir que se adquieran *malas experiencias*, y *errores de forma* cuando se les está mandando algo.

La PRIMERA causa de desobediencia la encontramos en «*las circunstancias*» existentes en el momento de dar algunas órdenes. Cuando los niños de estas edades están ensimismados en un juego o en una ocupación placentera... y no son capaces de escuchar lo que se les está diciendo, no hay ninguna mala intención por su parte, sencillamente es como si no oyeran. En otras ocasiones se les pide que vayan a ducharse, o que vengán a cenar, desde una distancia lo suficientemente lejana como para que no comprendan bien lo que se les ha dicho, y no digamos si se les manda algo cuando están viendo la TV, con lo que les absorbe, y si además está a un volumen alto.

En otras situaciones, el niño no obedece porque no ha comprendido lo que queremos que sea obedecido, por interferencias, por malas explicaderas o por «acumulación». Como cuando se le dice: ¡Niño, ¿quieres venir a cenar?! ¡Pero antes guarda los juguetes que has sacado! ¡Y termina de recoger las toallas que has dejado en el suelo del baño!... ¡¡Y date prisa!!

Y el niño, con sus cuatro años y sin haber recogido nada... aparece rápidamente en la cocina.

En esas circunstancias es imposible inculcar en los niños el hábito de la obediencia. Ellos suelen desconectar cuando no han entendido, pues no tienen maldad, o tras varios mandatos seguidos, pues no son capaces de procesar ese exceso de órdenes. Pero el problema está en que, si eso se va repitiendo a lo largo de los días y los meses, a los niños se les incapacita para obedecer bien. Al final, como mucho, si el niño tiene buen oído, hará caso a la última orden.

La SEGUNDA causa que conviene comentar y por la que se muestran también desobedientes es «*la experiencia*» vivida. Suele ser el fruto que se recoge de erróneas actuaciones anteriores. ¿En cuántas ocasiones, a lo largo de los tres últimos años, han

comprobado ellos que sus padres les suelen decir las cosas en un tono poco convincente y varias veces, antes de llegar al enfado?

Los hijos que experimentan esto no se ven obligados a responder a los requerimientos que se les hacen con esa prontitud de la que hablábamos. Ellos saben que lo repetiremos, y en algunas cuestiones muchas veces. Si no contesta, ni a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera vez... ¡no pasa nada! En esta mala costumbre caen muchos padres y eso provoca habitualmente un comportamiento descarado.

Para colmo, los malos ejemplos de los dibujos animados y de algunas películas que suelen ensalzar y hacer divertido al niño díscolo, desobediente y mal educado, van calando en las conductas de algunos de nuestros hijos. Y si, por desgracia, los padres no tienen unos criterios claros y firmes en el tema de la obediencia, los niños se acaban convirtiendo en excelentes exponentes de esos modelos.

Una **TERCERA causa** de desobediencia es lo que podríamos denominar «*errores de forma*». Podríamos explicarlos como **excesos y defectos en el ejercicio cotidiano del mando**.

Muchas veces mandamos las cosas con poca convicción, o a gritos, fruto del cansancio o de la tensión acumulada; eso invita a muchos niños de estas edades a excusarse en que no han oído o no han entendido lo que queríamos; a otros esas formas les crispan de tal manera que se hacen los sordos, etc. Se trata de excesos que no sirven para nada.

Otras veces, con la experiencia que tenemos de que tardan en obedecer, decimos las cosas o mandamos que hagan algo muchísimo tiempo antes de que lo tengan que hacer; como de todas formas tardan, al prolongar nosotros el margen para responder nos parece que ellos han sido obedientes, pero no es así: en realidad hemos generado un mal hábito. Además, si a alguna o a alguno se le ocurre atender la orden antes de lo previsto, comprueba que las cosas se dicen por decir, no porque tengan que hacerse u obedecerse. Por ejemplo: avisar que se vaya a cenar cuando las cosas no están preparadas, o exigir estar con los abrigos puestos para salir cuando mamá o papá todavía no han salido del cuarto de baño.

La **CUARTA causa**, otro error, demasiado frecuente, es lo que llamamos el **exceso de mando**. Se trata de esas personas que quieren tenerlo todo controlado, que son meticulosas y dan órdenes constantemente... y por todo. O bien son personas que, frente a la inseguridad y ansiedad que les genera estar con niños pequeños, pretenden decirles todo lo que han de hacer, decir y hasta pensar.

Acaban crispándose y crispando la vida de todos los que les rodean, y lo peor es que, en un ambiente así, nunca se consigue que los niños sean obedientes.

Ya, por **ÚLTIMO**, tenemos que comentar también que otro defecto en la forma está relacionado con el **tono**. Hay tonos tan débiles e inseguros que no transmiten ninguna convicción. Los hijos los reconocen enseguida. Y como las tendencias, a veces no muy sanas, de nuestra naturaleza están siempre preparadas para doblegar a quien sea, plantamos cara y nos enfrentamos a quien pretende violentar nuestro antojo o nuestra comodidad, de tal manera que los padres que no aprenden a ser constantes, exigentes y a dar indicaciones con firmeza a los hijos, generan el convencimiento de que no pasa nada por desobedecer.

¿Qué podemos hacer para que nos obedezcan?

Sus naturales inclinaciones y sus incontrolados deseos les impedirán, en algunas ocasiones, obedecer lo que se les haya mandado. Eso tendremos que comprenderlo, sobre todo a estas edades en que sus deseos y afectos no están asistidos por el entendimiento. Pero habrá que poner medios y exigirles que vayan siendo cada vez más obedientes.

Es necesario ser parco en los mandatos. La fórmula que habría que tener siempre en mente sería: exigir mucho en pocas cosas. Y podríamos preguntarnos: ¿en qué cosas? La respuesta es sencilla: en las cosas fundamentales; esas que se le van a exigir siempre o que no se le van a permitir nunca. Pero debemos tener muy claro que no podemos tener miedo a la palabra autoridad.

Conviene que sepáis que la gran mayoría de padres que no consiguen inculcar este hábito en sus hijos fallan, en primer lugar, por su falta de criterio común a la hora de educar, en segundo lugar, porque les cuesta ceder y, con frecuencia, se han ido desautorizando delante de los hijos y, en tercer lugar, porque les ha faltado comunicación para hablar y decidir qué había que hacer con cada hijo en cada momento.

Ser cautos, pensar bien cuáles van a ser las órdenes que vamos a dar y estar en constante comunicación con nuestro cónyuge a la hora de darlas. Es necesario pensar bien lo poco o mucho que mandamos y cómo lo mandamos: con breves explicaciones y aclaraciones sobre sus desobediencias, con halagos cuando consigan ser obedientes y manteniéndonos siempre firmes en aquello que se haya mandado... hasta que se

cumpla.

Los padres que saben querer bien, combinando cariño con exigencia, consiguen que sus hijos les quieran también. Eso evita muchas fricciones en las relaciones de mando y obediencia. La obediencia no es un hábito que pueda adquirirse espontáneamente, ahora bien, normalmente, ni los padres tienen que estar mandando todo el día, ni los niños obedeciendo.

Para que alguien obedezca, alguien ha de establecer normas y dar órdenes. ¡Esos sois vosotros, los padres! ¡Poneos de acuerdo! Ya hemos dicho que una de las cosas que más minan vuestra autoridad son las desautorizaciones. Tenéis que ceder ambos y, una vez decididas las normas que vais a dar a vuestros hijos, que queden claras, que sean justas, permanentes y estén bien explicadas.

Si tenéis claros vuestros principios y vuestros valores; si ponéis límites y entendéis que el agotador ejercicio de la autoridad es muestra de servicio; si exigís y, cuando convenga, sabéis sancionar; si cuando hagan las cosas mal, además de castigarles les sabéis perdonar; si es más recia y constante vuestra constancia que su osadía, entonces se sentirán atendidos, más queridos y serán mucho más obedientes.

¡FELICIDADES TONI!

Toni, hasta ahora, era hijo único. Su madre, Marta, espera una niña para dentro de dos meses. Marta trabaja en jornada intensiva en una entidad bancaria. Su marido, Juan, dirige un pequeño negocio de publicidad al que dedica la mayor parte del día. Desde que Marta volvió al trabajo tras la baja maternal, a Toni le cuidan los abuelos maternos. Estos van muy temprano a casa de Toni, alternándose algunos días con el tío Gabriel, que también está jubilado. Esta es la razón principal por la que Juan y Marta no tienen ninguna prisa en llevar al niño a una escuela infantil.

—Como en casa no va a estar en ningún sitio —comenta ella cuando alguien le pregunta—tiene infinidad de juguetes y familia que le sabe entretener.

Efectivamente, Toni tiene muchos juguetes. Cada dos por tres alguno de los abuelos o tíos, con cualquier pretexto, le compra algo. Tiene un gran cesto lleno de mil cosas. Él, por la mañana, lo vacía en la alfombra del cuarto: coches, soldados, caballos, gasolineras, etc. Muchos de ellos están destrozados, porque Toni disfruta descubriendo el mecanismo de cada uno y no para hasta que lo «encuentra». Por las noches se amontonan en el cesto otra vez, y así hasta el día siguiente.

Cuando Marta se prepara para salir, muchos días Toni le dice:

—Quédate a jugar conmigo, mamá.

Ella contesta casi automáticamente:

—¡Pero cariño, si tienes todos los juguetes del mundo!

—Pero ya me los sé todos —responde Toni, aburrido, antes de empezar a jugar.

Juan es de la opinión de restringir la olimpiada de regalos que tiene su hijo, pero no se atreve a enfrentarse con tan numerosa parentela. Él le hace pajaritas y figuras de papel de aluminio: soldados, perros, palomas.

Pero a Toni le duran poco:

—Es que se mueren enseguida, papá...

Juan se enfada con él porque piensa que es muy bruto y hay algunas que son verdaderas obras de arte.

Desde que cayó un libro en manos de Marta en el que decía que hay que dejar a los niños jugar solos con sus cosas, Toni ha pasado cientos de horas frente a sus juguetes.

Algunos días los abuelos o el tío Gabriel le llevan al parque. Toni, según la abuela o abuelo de turno, «se porta muy mal», y por eso la mayoría de los días prefieren que se quede en casa jugando, en la amplia terraza, que tiene sol toda la mañana.

—Vamos al parque, pero no toques la arena —le amonesta la abuela Rosa.

—El tío Gabriel me deja jugar —responde el niño.

—¡El tío Gabriel, el tío Gabriel! ¡La luna te daría si se la pidieras! —le replica la abuela—. Como tuviera que educarte él, apañados estábamos... A los parques, con tanto perro, no se puede ir.

El niño se resigna y, con frecuencia, se vuelve para casa con cara de derrota.

Pero hoy en el parque ha ocurrido algo de lo que se hablará en casa de Marta y Juan mucho tiempo: el niño ha cambiado el tractor teledirigido que le regaló el abuelo Antonio en Navidad por un cubo viejo de plástico lleno de arena del parque. Nunca se sabrá la verdad, pero lo cierto es que Toni lo cuenta a su modo:

—Un niño que había le di el tractor viejo para que dé la arena y el cubo. ¡Ole, ole, abuela! ¡Me llevaré la arena a casa para jugar...!

Ni qué decir tiene que ni el cubo ni la arena entraron en casa. La abuela Rosa se encargó de que todo desapareciera, con la promesa de rescatar el tractor objeto del cambio.

El abuelo Antonio está dispuesto a reponerlo en el próximo cumpleaños. Juan ha aprovechado la ocasión para rogar a todos sus familiares que sean lo más parcos posible en lo que a regalos se refiere. Opina que Toni presenta un «síndrome de la saturación».

Cuando a veces, la otra abuela, María, se encarga de Toni, quita todos los juguetes de en medio, le obsequia cada vez que viene con alguna chuchería y juega con él a guardar ropa en los armarios, a contar pasos por el pasillo, a explicarle lo que es un paisaje y un bodegón, a identificar las fotos de la familia y a mil cosas más. Marta se queja de que la abuela María en vez de ayudarle, le revuelve toda la casa, le cambia las cosas de sitio y deja al niño entrar en todas las habitaciones:

—Tiene sus juguetes —le hace ver Marta—. No se puede dejar toda la casa a merced de la criatura.

Al cabo de unos días llegó su cumpleaños, sopló las tres velitas y todos cantaron "Feliz cumpleaños". De entre los muchos regalos que recibió Toni, uno solo robó toda su atención: el del tío Gabriel. Consistía en un cajón de madera de metro y medio de lado y un palmo de alto, estaba lleno de arena limpia, y tenía dentro un cubo, una pala, un rastrillo de plástico y unos moldes para hacer "flanes".

Toni se pasa ahora muchas horas haciendo castillos y formas sobre la arena. Marta protesta muchas veces porque en el comedor entra arena, y porque trae a dos o tres vecinos a jugar con el nuevo invento.

Para colmo, el otro día, uno de los niños descubrió que, mojando la arena, se sostienen mejor las figuras.

—¡Hay arena hasta en la puerta! —gritaba desde el vestíbulo la abuela Rosa—. Un gran invento rústico de Gabriel. ¡Bien se ve que no tiene que barrer él!

A Juan, en contra de la desesperación de su suegra, le hizo gracia la desenvoltura y la satisfacción de su hijo. Sin decir nada, mientras le guiñaba el ojo a Toni, recogió la arena que había entrado desde la terraza.

Hoja de trabajo personal

Programa					Sesión	
Relación de los hechos más significativos de los personajes del caso						
Problemas que encuentro en este caso :						
■ ■ ■ ■						
Temas del caso que me interesa discutir en la reunión de equipo:		Criterios de la nota técnica que me llaman la atención:		Cuestiones que se han discutido en la reunión de equipo y me interesa aplicar en mi familia:		
■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		■ ■ ■ ■ ■ ■ ■		



UNA NECESIDAD EN LA VIDA DEL NIÑO: EL JUEGO

El niño aprende observando e imitando y el juego es una imitación de cuanto le rodea.

Se podría decir que la vida de un niño de dos o tres años se reparte entre el sueño y el juego, interrumpidos por las comidas. Tan peligroso es que un niño no duerma, como que no juegue, o que no coma, porque, así como su cuerpo necesita y le pide comer y dormir, el juego contribuye a su desarrollo cerebral y afectivo, los cuales constituyen la base para el futuro aprendizaje integral.

El juego, que ciertamente incluye placer, alegría, acción y aprendizaje, se combina, a lo largo del día, con situaciones más incómodas, como el hambre, estar mojado, etc. Pero durante la mayor parte del día el bebé juega, es decir, está activo, centrado en algo que le interesa; incluso en algunos momentos se pone serio y se concentra porque lo que hace es muy importante para él. Está adquiriendo habilidades, descubriendo el mundo que le rodea y empezando a desarrollar su personalidad a través de esas vivencias lúdicas.

Durante el primer año de vida

Joanne F. Oppenheim, al dirigirse a una madre y hablando de sus primeros juegos con el bebé, le dice: «Es usted, con su rostro fascinante, sus ojos chispeantes que hablan y arrullan; sus brazos cálidos, sus manos suaves, sus dedos acariciantes, su olor familiar, su propia presencia singular y divertida, la que la convierten en el primer juguete que existe en el mundo para su hijo, y es, de todos, el más perfecto».

El pequeño necesita oír a menudo la voz de su madre. Ella, mientras plancha o atiende a los quehaceres de la casa, puede hablar con él y contarle cosas, en lenguaje normal, sin diminutivos absurdos. Así el pequeño va oyendo sonidos que asocia poco a poco al amor de su madre y que, con el tiempo, articulará en sílabas y palabras.

La inteligencia del niño exige del ambiente constantes novedades, nuevos «datos» para alimentar su cerebro, en vertiginoso desarrollo.

A medida que el pequeño crece, la madre y el padre verán con gozo que va comprendiendo las cosas: pueden hacerle muecas divertidas, sacarle la lengua, hinchar los mofletes de aire y hacer ruidos graciosos con la boca. Si el niño estornuda, la madre o el padre pueden hacerlo; si bosteza, pueden imitarle. Esto son auténticos juegos que divierten al niño, al tiempo que están siendo vehículos para sentir el amor.

→ Algunas actividades lúdicas durante el primer año de vida.

PRIMER MES: sólo espera ser alimentado, limpiado y puesto a dormir. Le gusta que le tomen en brazos. Gira su cabeza, sus ojos se fijan en todo lo que esté en la línea de su visión. Sus oídos escuchan y oyen todos los sonidos y su olfato está muy activo.

DE UNO A DOS MESES: se interesa por todo lo que da luz y tiene movimiento, comprende que «esa cosa que se mueve» es su mano. Desde este momento empezará a aprender donde acaba él y donde empieza el mundo. Comprenderá que no está del todo desvalido, porque alguien le cuida, le habla, le atiende...

EL TERCER MES: habiendo descubierto sus manos, el bebé está fascinado. Las miras durante horas. Pero el interés por las caras está creciendo también y éste es quizá el momento importantísimo para sacarle sus primeras sonrisas.

EL CUARTO MES: en los aparentes movimientos al azar, aprenderá a seleccionar aquellos que satisfagan sus necesidades. Al abrirse sus puños empezará a usar su sentido del tacto y su presión para agarrarse con fuerza a las cosas que le abren al mundo.

EN LOS MESES SUCESIVOS: empieza a interesarse más por todo lo táctil. Del «hambre visual» pasa al «hambre manual» y su apetito es insaciable. Alcanzará, sentirá, pateará, manipulará todo cuanto esté a su alcance, se moverá para oír sonidos.

La boca del niño le servirá de maravillosa fuente de información. No podrá resistir el impulso de llevarse

todo a la boca: juguetes, manos, pies, todo se convertirá en elemento de exploración. Empieza la dentición. Se da cuenta de las relaciones causa-efecto. Aprende a asociar una acción particular con el efecto que produce. Los juguetes son lanzados repetidamente para observar cómo caen o cómo hacen ruido. Al acabar este primer año de vida, se expandirá fuera de los confines de la cuna.

Durante el segundo y tercer año de vida

Se ha cumplido el primer aniversario y sus padres son conscientes de que tienen dominada la situación y que han aprendido cómo tratar al nuevo miembro de la familia. Pero el primer año de experiencia sirve de poco para los siguientes. Ahora empiezan a observar que el hijo, hasta ahora sin autonomía, se ha convertido en una pequeña máquina en continuo movimiento.

Todavía tienen presente lo divertido que era ver al pequeño jugar frente al espejo en brazos de sus padres: observándose las manos y pies, sacando la lengua, haciendo palmas...

Aquel pequeño ser ha crecido. Ya no es el que dormía gran cantidad de horas plácidamente en su cuna. Empieza a andar, a levantarse y a «conquistar» todas las partes de la casa. Lo quiere conocer todo, observar y tocar.

La labor de sus padres será positiva en todo momento, ayudándole a llevar a cabo estas «investigaciones», sabiendo que primero habrán tenido que reforzar toda medida de seguridad: cables eléctricos, enchufes, cocina, cerraduras. Pero habrá que concederle cosas que sustituyan a las prohibidas.

Su andar no es aún firme, pero él se siente lleno de fuerza e intenta subir escaleras, encaramarse a sillas y mesas, meterse en el sugerente misterio de un armario... Son sensaciones de un mundo, en pleno descubrimiento gradual, que no podemos ahogar, sino controlar.

En este segundo año las niñas de dos años disfrutan con su muñeca, porque es el primer ser que «les obedece ciegamente». Los niños jugarán a lanzar y a convertir en pelota cualquier objeto de la casa. En su afán de imitación, querrán cocinar, ‘arreglar cosas’, planchar... Por eso será conveniente analizar la calidad y la seguridad de los objetos que están a su alcance y tomar todo tipo de precauciones con los peligrosos «juguetes» de la cocina, los enchufes, las puertas y las ventanas.

Juegos y juguetes

Al niño le gusta jugar fundamentalmente porque quiere vencer dificultades y aprender cosas nuevas. Se esfuerza en perfeccionar sus movimientos y, al ver que es capaz de conseguirlo, se llena de felicidad y sigue hasta lograr otro nuevo objetivo.

Durante muchos ratos los pequeños necesitarán juguetes que rellenen ratos del día. El clásico sonajero es algo que ya existía en el antiguo Egipto.

Un cajón del armario de la cocina se puede convertir en un gran juguete para el pequeño. Dentro puede haber cacharros de plástico de varios tamaños y colores. Un cajón tiene muchas «virtudes» divertidas: se abre y se cierra, se puede llenar y vaciar, es como un misterio que se descubre y se redescubre cien veces al día.

A través de pruebas y fracasos y de imitación, el niño va aprendiendo. Tiene que aprender a subir al sillón, a riesgo de caerse. Si cae, que él mismo se recupere. El llanto es, a veces, la expresión de un fracaso, no de una lesión.

La «mala conducta» de un pequeño es, es muchas ocasiones, fruto de la falta de movimiento o juego, pues el pequeño precisa un desgaste físico constante.

Es conveniente volver a recalcar que los padres han de ser los primeros compañeros de juego de sus pequeños. Si tenemos en cuenta que el padre y la

madre tienen estilos diferentes de jugar (no tienen por qué unificar criterios), el niño aprenderá más y ampliará el campo de su libertad para jugar.

Una labor delicada de los padres es la de saber elegir los juguetes apropiados para cada etapa de la vida de sus hijos. No hay que caer nunca en la tentación de comprar el juguete «revancha», que es aquél que los padres hubieran querido tener en su infancia y con el que, de alguna manera, todavía sueñan. También existe el juguete «remordimiento», que es aquél que viene a sustituir el cariño que los padres no pueden dar a su hijo por falta de tiempo. A cambio de este cariño le compran innumerables, vistosos e inútiles juguetes, que agobian al niño y le producen una sensación de desencanto.

Un juguete grande y de poco peso para arrastrar es un excelente juego y ayudará al niño a caminar. Es la edad en que un cajón de madera grande, en el que el niño se pueda sentar cómodamente, con algún cubo de arena en su interior, se convierte en un juego maravilloso, puesto que la fantasía del pequeño le sugiere mil cosas que hacer con aquello. Unos cubos de plástico, madera, palas, cazos, cucharas y coches pueden ser un buen complemento.

Cuando alguien aconseja hacerse con juguetes «de baratillo», a primera vista parecería que está rebajando la dignidad del «rey de la casa». Lejos de eso, unas simples cajas de cartón, envases de yogur, botellas de plástico, tubos de papel higiénico o retales de ropas de colores pueden hacer las delicias de los pequeños de dos a tres años, pues se están creando ellos mismos sus propios juegos.

→ Juegos, mejor que juguetes

Hay muchos juguetes, millares, para esta edad, sin embargo: lo importante son los juegos.

Cualquier juego exige participación activa y relación, por eso edifica más la personalidad un juego que un juguete, por muy ingenioso o sofisticado que este sea.

→ Criterios para elegir juguetes

La seguridad ha de ser la norma suprema a la hora de elegir juegos, juguetes y materiales para los niños de entre 0 y 4 años.

Hemos de andar con mucho cuidado con los materiales fabricados pobremente, con el tipo de pinturas de algunos juguetes, con el tamaño de las piezas, etc. No cualquier juguete es adecuado. A la hora de comprar juguetes, es fundamental leer las indicaciones y recomendaciones del fabricante.

Algunos criterios para escoger juguetes pueden ser:

- Que se adapte a los gustos y preferencias del niño.
- Que sea adecuado a su edad y nivel de madurez.
- Que sea sólido y seguro. Debe cumplir la normativa de seguridad vigente en la CE.
- Que estimule la imaginación y creatividad.
- Que no fomente actitudes violentas.
- Que contenga instrucciones claras y sencillas.
- La observación, la imitación y la repetición.

Con el juego hemos de incentivar y provocar la observación, la imitación y la repetición: tres cosas que el niño pone en práctica con entusiasmo empeño. El niño no se cansa nunca de observarnos e imitarnos, contrariamente a lo que nos ocurre a los padres si intentamos seguirle en sus «trabajos».

Al hablar de observación hay que sugerir un gran juego: llevar a menudo a los niños al campo, para que jueguen en el maravilloso elemento natural y así, entre juegos, los padres les familiaricen con las maravillas de la naturaleza: el pájaro, la flor, la mariposa, las hormigas, etc. El niño no entenderá mucho, pero se aficionará a los nombres de las cosas y sabrá identificarlas e incorporarlas a su vida.

Su imaginación le hace ver las cosas distintas de como son y de cómo las vemos nosotros. «La maestra no sabe lo que es un elefante», decía una pequeña a su madre al regresar del parvulario. «¿Por qué dices eso?», preguntó la madre. «Porque yo he dibujado uno y la maestra no sabía lo que era» ...

¡Así de sencillo! Hemos de tratar de «comprender» sus cosas, que en muchas ocasiones nos sorprenderán.

Los niños disfrutan repitiendo. Al repetir juegos y conductas ejercitan la observación y la memoria. Además, de cara al desarrollo cerebral, la repetición es una acción que consolida conexiones neuronales. El juego ofrece posibilidades de iniciativa y favorece la relación, por lo que resulta indispensable jugar con los hijos si queremos reforzar nuestros vínculos afectivos con ellos.

→ El juego con pantallas

Los niños aprenden con el movimiento y en contacto con las personas que les son significativas más que frente a cualquier pantalla. Hasta los 3 años necesitan la experiencia real del tacto, de correr hacia el objeto, cogerlo, chuparlo, tirarlo. Un niño aprende más jugando cerca de la persona adulta mientras ésta hace la cena que mirando cualquier pantalla, porque en el primer caso hay comunicación. Hay estudios que muestran un retraso en la adquisición del lenguaje en los niños y niñas que han visto más televisión, en comparación con los que no han estado tan expuestos antes de los 2 años.

A menudo, se quedan atrapados por el atractivo de las pantallas frente a otros juegos convencionales y dejan de realizar actividades que son imprescindibles para su buen desarrollo.

Si gran parte de la vida de los hijos está referida al juego, nosotros hemos de preocuparnos por cómo juegan, por cómo se desenvuelven en el juego y por cómo interiorizan lo que aprenden a través de él. Las posibilidades del juego son inmensas y hay que aprovecharlas: nos permite establecer normas, exigir respuestas, incentivar la participación, armonizar conductas, desarrollar la imaginación y desenvolvernos bien en el mundo de los afectos.

Los padres hemos de estar contentos por saber dar a nuestros hijos alimento, sueño, orden, higiene y juego en abundancia. Habremos contribuido así a convertirlos en unos seres felices, optimistas, activos y de gran imaginación.